

Barbara O'Neal

Cuando
creíamos
en las
sirenas



LIRA

Vuelve a emocionarte

LIRA

Cuando creíamos en las sirenas

Barbara O'Neal

Traducción de Azahara Martín

LIRA

Contenido

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo

Agradecimientos
Sobre la autora

Página de créditos

Cuando creíamos en las sirenas

V.1: Septiembre, 2022

Título original: *When We Believed in Mermaids*

© Barbara Samuel, 2019

© de la traducción, Azahara Martín, 2022

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2022

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial en cualquier forma.

Esta edición ha sido posible mediante un acuerdo con Amazon Publishing, www.apub.com, en colaboración con Sandra Bruna Literary Agency.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Unsplash | Jasmin Chew

Corrección: Irene Pomares

Publicado por Lira Ediciones

C/ Aragón, 287, 2.º 1.ª

08009, Barcelona

info@liraediciones.com

www.liraediciones.com

ISBN: 978-84-19235-03-9

THEMA: FBA

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Cuando creíamos en las sirenas

Su hermana lleva quince años muerta. O eso creía.

Kit ha pasado los últimos quince años creyendo que su hermana había muerto en un atentado terrorista. Pero todo cambia cuando, una noche, ve a Josie en las noticias de la televisión. La conexión en directo muestra el incendio de un club nocturno en Auckland, Nueva Zelanda, y la mujer que Kit ve es idéntica a su hermana. Más que sorprendida, Kit se siente traicionada y furiosa. Si Josie está viva, ¿por qué ha huido y mentido a su familia durante tantos años?

Kit vuela a Nueva Zelanda decidida a encontrar a su hermana, y es allí donde comienza un viaje a través de los recuerdos de su infancia. Si Kit y Josie quieren volver a estar juntas, tendrán que enfrentarse a su pasado y desenterrar los secretos que las separaron. ¿Estarán dispuestas a hacerlo, por doloroso que sea?

«Una emotiva historia sobre el vínculo entre dos hermanas y la dificultad de enfrentarse a la verdad.»

Today

«Hay una razón por la que Barbara O’Neal es una de las autoras más laureadas. Con el estilo lírico que la caracteriza, ha escrito una novela excepcional. Desde la primera página, me sentí atraída por el drama e irresistiblemente arrastrada a medida que las capas del complicado pasado de la familia protagonista se iban desgranando. No te pierdas esta historia magistralmente contada de hermanas y secretos, dolor y redención, esperanza y superación.»

Susan Wiggs, autora *best seller* del *New York Times*

«*Cuando creíamos en las sirenas* habla de la infancia —y de la inocencia— perdidas, y de los secretos, mentiras y traiciones ocultos a los que dos hermanas deben enfrentarse para recuperar sus vidas como adultas. Sumérgete y disfruta de esta apasionante novela, y puede que te encuentres creyendo en las sirenas.»

Juliet Blackwell, autora *best seller* del *New York Times*

«Una historia hábilmente tejida de dos hermanas que descubren que el pasado no siempre es lo que parece. Tan luminoso y fascinante como el mar en el que se desarrolla, es un libro esencial para compartir en un club de lectura... ¡y tener en la estantería!»

Kerry Anne King, autora *best seller*

«Barbara O’Neal nos presenta una historia con prosa nítida, escenarios bien dibujados y personajes convincentes con los que experimentamos toda la gama de emociones humanas.»

Grace Greene, autora *best seller*

*Para Neal,
la calma en la tormenta*

Capítulo 1

Kit

Casi quince años después de su muerte, mi hermana aparece en los informativos de la tele.

Me he pasado seis horas seguidas examinando a un grupo de jóvenes que han llegado a Urgencias después de que se produjera una pelea en la fiesta que estaban celebrando en la playa. Dos heridas de bala, una de ellas con perforación de riñón; una fractura de pómulo; una fractura de muñeca y múltiples heridas faciales de distinta gravedad.

Y eso solo en cuanto a las chicas.

Para cuando hemos terminado el triaje, he cosido y tranquilizado a los que han tenido más suerte; los más graves ya se han derivado a cirugía u observación. Yo, por mi parte, me he dirigido directamente a la nevera de la sala de descanso en busca de un Mountain Dew, mi chute preferido de azúcar y cafeína.

En el televisor de la pared aparecen las imágenes de un accidente ocurrido en algún lugar. Las miro sin prestar demasiada atención mientras doy un sorbo al refresco dulce y pegajoso. Es de noche. La gente grita y corre, y el presentador de los informativos, despeinado y con una

bomber vintage de cuero, habla del suceso en un tono grave acorde a la situación.

Y allí, justo sobre su hombro izquierdo, aparece mi hermana.

Josie.

Durante un largo segundo mira a la cámara. Y ese instante me basta para tener la certeza de que es ella. Ese cabello rubio tan liso, que ahora luce con un elegante corte *bob* a la altura de los hombros; esos ojos almendrados y oscuros; esos pómulos marcados, esos labios carnosos, parecidos a los de Angelina Jolie. Todos andaban locos por ella. Su belleza era una combinación de luz y oscuridad, de rasgos suaves con otros afilados. Una mezcla perfecta de nuestros padres.

«Josie».

Tengo la sensación de que puede verme a través de la pantalla.

Y, de repente, desaparece y la noticia del accidente sigue su curso. Me quedo mirando el vacío que ha dejado a la izquierda, con la boca abierta y el Mountain Dew suspendido frente a mí como si estuviera a punto de proponer un brindis.

«Por ti, Josie, hermana».

Trato de recomponerme. Esto es algo que sucede a menudo; cualquiera que haya perdido a un ser querido pasa por ello. Crees ver su cabeza en medio de una calle abarrotada, o te encuentras a alguien en el supermercado que se mueve como esa persona. Te das prisa por alcanzarla, aliviada de que siga viva... Pero entonces te das de bruces con la realidad, cuando la impostora se da la vuelta y te das cuenta de que esa no es su cara, ni sus ojos, ni sus labios.

No es Josie.

A mí me ocurrió unas cien veces durante el primer año, sobre todo porque nunca encontramos el cuerpo. Cosa que

era imposible, debido a las circunstancias, como también era imposible que sobreviviera. Ella no podía morir de maneras convencionales, como en un terrible accidente de coche, o arrojándose por un puente, no... y eso que a menudo amenazaba con hacerlo.

No. Josie viajaba en tren por Europa cuando unos terroristas lo hicieron volar por los aires. No quedó nada de ella. Desapareció.

Esta es la razón por la cual celebramos funerales. Los seres humanos necesitamos desesperadamente ver la verdad con nuestros propios ojos; ver el rostro de nuestro ser querido, aunque esté irreconocible. Cuando esto no sucede, no terminamos de creérnoslo.

Me llevo el Mountain Dew a los labios y, mientras le doy un trago, vuelven a mi memoria todos los momentos que compartimos. Un recordatorio secreto de lo que significábamos la una para la otra. Y es entonces cuando me repito que lo que acabo de ver no es más que una ilusión.

* * *

Cuando salgo del hospital en la quietud que precede al amanecer, me siento agotada. Exhausta y activa a la vez. Si quiero dormir algo antes del próximo turno, tengo que quemar la maldita noche.

Hago una parada en mi casa de Santa Cruz —una vivienda de ciento veinticinco metros cuadrados, en la periferia de un barrio no demasiado bueno—, donde me pongo el traje de neopreno, vierto media lata de paté en el comedero del peor gato del mundo y lo remuevo con los dedos. El animal ronronea a modo de agradecimiento y yo le tiro suavemente de la cola.

—Intenta no mearte sobre nada importante, ¿vale?

Hobo parpadea.

Meto la tabla en el Jeep y conduzco en dirección al sur, sin ser consciente de que me dirijo a la cala hasta que me encuentro allí. Me detengo en un espacio improvisado junto a la carretera, aparco y miro hacia el océano. Hay unas cuantas personas; al amanecer no suele haber mucha gente, ya que, debido a las corrientes del norte, el agua en California es muy fría. A principios de marzo está a diez grados. Lo bueno es que se divisan olas desde el horizonte. Perfecto.

El camino empieza donde antes estaba la acera que llevaba al restaurante y se desvía por la pendiente en zigzag que hay a pocos metros del acantilado, donde había unas escaleras —nuestro acceso privado a la apartada y escondida cala, por aquel entonces—. La ladera es inestable, y se dice que está encantada; todos los lugareños conocen su fama. Debo descender con cuidado. A los fantasmas ya los conozco.

A mitad de camino, me detengo y vuelvo la vista hacia el lugar en el que estaban nuestra casa y el restaurante cuyo célebre patio gozaba de las mejores vistas del mundo. De ambas construcciones solo quedan algunos tablones podridos y escombros esparcidos por la colina. A lo largo de los años, las tormentas se han ido llevando la mayor parte, y los restos que todavía quedan se han ennegrecido por culpa del agua y del tiempo.

A pesar de ello, me las imagino en todo su esplendor con una belleza espectral: el gran Eden con su magnífico jardín y, por encima de este, nuestra casa. Josie y yo empezamos a compartir habitación con la llegada de Dylan, pero a ninguna de las dos nos importó. Veo todos nuestros fantasmas, los de cuando éramos felices: mis padres locamente enamorados, mi hermana alegre y rebosante de energía y Dylan con el cabello recogido con una tira de cuero, echándonos una carrera escaleras abajo en dirección a la playa para hacer una hoguera, cantar y asar

malvaviscos. Le encantaba cantar, y tenía buena voz. Siempre pensamos que sería una estrella del *rock*, pero él decía que lo único que le importaba era el Eden, nosotras y la cala.

También me veo a mí, una pilluela de siete años con demasiado pelo, dando vueltas por la orilla bajo un cielo borroso azul y blanco.

De eso hace un millón de años.

El restaurante familiar se llamaba Eden. Era un local exclusivo y permisivo al mismo tiempo al que acudían las estrellas de cine *hippies* y sus camellos. Nuestros padres también formaban parte de aquel mundo; eran las estrellas de su reino, cada una con su propio poder. Mi padre era el chef de sonrisa afable, alegre, hospitalario y de hábitos excesivos, y mi madre, siempre colgada de su brazo, era una coqueta encantadora.

A Josie y a mí nos ignoraban. De ahí que nos pasáramos el día correteando a su alrededor como cachorros y nos quedásemos dormidas en la cala cuando estábamos cansadas. Mi madre, que era una belleza, había quedado prendada de mi padre la noche en la que fue a cenar al restaurante con otro hombre, o eso es lo que cuenta la leyenda. Y cualquiera que hubiera conocido a mi padre, sabría que aquello probablemente fuera verdad. Tenía un carácter arrollador; era un chef italiano encantador, aunque, por aquel entonces, para la gente solo era un cocinero o el propietario de un restaurante —cosa que, por otra parte, era cierta—. Mi madre lo quería mucho más que a nosotras. Y él, por su parte, sentía una pasión intensa, sexual y posesiva por ella. ¿A eso se lo podía llamar amor? No lo sé.

Lo que sí sé es que es difícil ser hija de unos padres que están obsesionados el uno con el otro.

Josie era tan dramática como ellos. Tenía la gran personalidad de mi padre y la belleza de mi madre, aunque

en Josie esta combinación se convertía en algo extraordinario, único. No recuerdo el número de veces que tanto hombres como mujeres la dibujaron, la fotografiaron y la pintaron, ni la cantidad de personas que se enamoraron de ella. Siempre pensé que sería una estrella de cine.

Y, sin embargo, como les ocurrió a nuestros padres, su vida terminó arruinada, con un final catastrófico acorde a las circunstancias.

La cala sigue ahí, pero las escaleras ya no están. Me enfundo los escaarpines y me recojo el pelo en una gruesa trenza. La luz anaranjada del amanecer se derrama sobre el horizonte mientras remo sorteando las rocas y me dirijo hacia la línea. Solo hay tres personas además de mí. Tras el desafortunado ataque de un tiburón, hace unas semanas, el número de fanáticos de las olas ha disminuido, y ni siquiera una marejada en toda regla ha logrado persuadirlos.

Y es realmente impresionante. Las olas miden casi tres metros y tienen una hermosa cresta cristalina, algo más raro de lo que mucha gente cree. Salgo remando, espero mi turno, alcanzo la línea y me pongo en pie de un salto para montarla justo en el extremo. Esto es lo que me da la vida, este instante en el que no pienso en nada más. En el que no puede haber nada más. Solo el mar, el cielo y yo. El sonido de las olas y de mi respiración. El borde de la tabla deslizándose por el agua, el frío en los tobillos y dentro de los escaarpines, un frío gélido. El equilibrio perfecto, los escalofríos, el cabello azotándose en las mejillas.

Durante una hora, o tal vez más, me pierdo en ello. Cielo, mar y amanecer. Me diluyo. No queda nada de mí, ni mi cuerpo, ni el tiempo, ni la historia. Solo la tabla, los pies, el viento, el agua y la suspensión.

Hasta que pierdo el equilibrio.

La ola se rompe de forma inesperada, tan rápido y fuerte que me golpea, y caigo al agua. Otras olas me azotan

la cabeza y el cuerpo, y golpean la tabla hasta hacerla aterrizar muy cerca de mí, con la suficiente fuerza como para abrirme la cabeza. Me quedo sin fuerzas mientras contengo la respiración y dejo que la corriente me arrastre. Si te resistes, perderás, morirás. La única forma de sobrevivir es dejándote llevar. Durante unos momentos interminables, el mundo da vueltas hacia arriba, hacia abajo, a un lado y al otro.

Esta vez me voy a ahogar. La tabla me tira del tobillo y me impulsa en otra dirección. Las algas me envuelven los brazos y se arremolinan por mi cuello. De algún modo, veo el rostro de Josie en el agua, frente a mí. Como hace quince años. Como la he visto en la tele esta madrugada.

Está viva.

No sé cómo, pero sé que es verdad.

El mar me escupe a la superficie y lleno los pulmones de oxígeno. Cuando llego a la orilla estoy exhausta y me dejo caer boca abajo, sobre la arena del espacio protegido, para descansar un poco. Después me incorporo. Las voces de mi infancia me envuelven. Josie, Dylan y yo. También está nuestro perro, Cinder, una mezcla de *retriever* negro que retoza a nuestro alrededor, mojado, maloliente y feliz. El humo de los fogones del restaurante llena el aire con una sensación de agradable posibilidad, y oigo una música tenue a través de las risas del pasado.

Al sentarme, todo se desvanece. Tan solo quedan los restos de lo que una vez fue.

* * *

Uno de mis primeros recuerdos es el abrazo apasionado de mis padres. No creo que tuviera más de tres o cuatro años. No estoy muy segura de dónde estábamos exactamente, pero recuerdo a mi madre apoyada contra una pared y con la camisa subida mientras mi padre le acariciaba los

pechos. Vi su piel. Se besaban de una forma tan famélica que parecían animales, y los observé fascinada durante unos segundos, hasta que mi madre hizo un sonido agudo y yo grité:

—¡Para!

Una hora después, sentada en el patio trasero de mi hogar y con el cabello mojado después de ducharme, el recuerdo todavía flota en mi mente. Doy un sorbo a la taza de café, dulce y caliente, y echo un vistazo a las noticias en el iPad. Hobo se sienta en la mesa, a mi lado, con los ojos amarillos brillando mientras mueve la cola. Es un gato callejero de siete años. Me lo encontré en la puerta trasera de casa cuando tenía cinco o seis meses. Estaba hambriento, con signos de haber sufrido maltrato y prácticamente muerto. Ahora solo sale si yo estoy con él y nunca se salta una comida. Le acaricio el lomo, distraída, mientras él vigila los arbustos que hay en la cerca. Tiene el pelaje negro, largo y sedoso. Es increíble la compañía que brinda.

El accidente que había visto en las noticias había ocurrido en una discoteca de Auckland. Murieron decenas de personas, algunas de ellas aplastadas por el techo al derrumbarse; otras, pisoteadas cuando trataban de huir de la fiesta. No hay más detalles. Un zumbido creciente, como el de un tren que se acerca a toda velocidad, se apodera de mí mientras voy seleccionando las fotos en busca del presentador de informativos al que he visto por la noche. No hay suerte.

Me dejo caer en la silla y doy otro sorbo al café. El sol brilla en el cielo de Santa Cruz y sus rayos atraviesan la copa del eucalipto bajo el que me encuentro para esbozar dibujos en mis muslos blancos, consecuencia de estar siempre en Urgencias o con el traje de neopreno puesto.

«No es Josie», me digo a mí misma, tratando de ser racional.

Alcanzo el teclado para escribir otro término en el buscador, pero me detengo antes de hacerlo. Durante los meses posteriores a su muerte, registré internet a fondo, en busca de cualquier indicio de su supervivencia en aquel horrible atentado. La explosión había sido tan fuerte que resultó imposible identificar todos los restos humanos y, como sucede más a menudo de lo que los servicios de emergencia y la policía admitirán jamás, mucho de todo aquello fue pura especulación. Tu ser querido se encontraba allí; no ha aparecido. Todo apunta a que ha muerto.

Un año después, esa imperiosa necesidad de encontrar a mi hermana se sosegó, pero seguía sin poder evitar el nudo en la garganta al pensar que la había visto entre la multitud. Dos años después, al terminar la residencia en el hospital general de San Francisco, regresé a Santa Cruz, donde me ofrecieron una vacante en Urgencias y me compré esta casa cerca de la playa, con la intención de poder echar un ojo a mi madre y construir una vida tranquila y normal. Aquello era todo lo que siempre había querido, lo único que había deseado, en realidad: paz, tranquilidad y predictibilidad. Ya había tenido drama suficiente para toda una vida durante la infancia.

Me rugen las tripas.

—Vamos, chico —le digo a Hobo—. A desayunar.

La casa, de estilo español, es pequeña, tiene dos habitaciones y está en un barrio que linda con lugares por los que no desearías pasear de noche, pero es mía, y la playa se encuentra a siete minutos a pie. He cambiado los electrodomésticos antiguos y los armarios cutres, y he reparado los bonitos azulejos. Mientras me decanto por tortitas para el desayuno, mi teléfono suena sobre la encimera.

—Hola, mamá —contesto mientras abro el frigorífico. Uh, no hay huevos—. ¿Qué pasa?

—Kit —dice, y hace una leve pausa, suficiente como para hacerme levantar la cabeza—. ¿Viste la noticia del incendio en una discoteca de Nueva Zelanda?

El corazón me da un vuelco, y otro, y otro, hasta que siento que se me va a salir por la boca.

—¿Qué pasa con eso?

—Sé que suena absurdo, pero te juro que he visto a tu hermana en una de las secuencias.

Con el teléfono en la oreja, miro por la ventana de la cocina hacia las hojas del eucalipto mecidas por el viento y las flores que planté con cuidado a lo largo de la valla. Mi oasis.

Si no fuera mi madre, la ignoraría, huiría y evitaría abrir esta puerta en concreto, pero ella ya lo ha hecho. En cada paso de Alcohólicos Anónimos, una y otra vez. Ella está aquí, es real y está triste. Por su bien, respiro y digo:

—Yo también la vi.

—¿Podría estar viva?

—Mamá, probablemente no sea ella. Vamos a mantener la cabeza fría, sin hacernos ilusiones, ¿vale? —Las tripas me vuelven a rugir—. ¿Tienes algo de comer? He estado trabajando hasta las cuatro y en esta casa no hay absolutamente nada que pueda llevarme a la boca.

—Qué raro —comenta de forma divertida.

—Ja. Si me haces unos huevos, me acerco y hablamos de ello en persona.

—Tengo que estar en el trabajo a las dos, así que date prisa.

—No son ni las once.

—Mm...

—No me voy a maquillar —digo, porque ella siempre se fija en eso.

Hasta en estos momentos.

—No importa —responde.

Pero sé que sí le importa.

* * *

La distancia de mi casa a la suya puede recorrerse a pie — esa es otra de las razones por las que decidí invertir en esta zona—, pero decido ir en coche para que no se preocupe. Le compré el apartamento hace un par de años. Está un poco anticuado y las habitaciones son pequeñas, pero el dormitorio principal goza de amplias vistas al Pacífico. El sonido del océano la tranquiliza. Es lo único que compartimos, esa hambre de mar que nos cala hasta los huesos y que no sentimos por nada más.

Subo las escaleras exteriores que llevan hasta su piso, ubicado en la segunda planta, mientras compruebo las condiciones del mar. Está en calma. No hay surfistas, pero sí muchos niños y familias jugando en la orilla bañada por las suaves olas.

Al ver el coche, mi madre sale al porche repleto de plantas. Lleva unos pantalones *capri* amarillos de algodón fresco con una camiseta blanca a rayas del mismo tono. En cuanto a la melena, que todavía tiene espesa, sana y rubia —aunque con algunos cabellos grises que parecen mechones—, la lleva recogida al estilo de una madre joven. Tiene buen aspecto, pese a que su rostro muestre signos de los años duros que ha vivido y de todo el sol que ha tomado. No importa. Es delgada, con las piernas largas y un buen pecho, y sus increíbles ojos no han perdido ni un ápice de brillo. Tiene sesenta y tres años, pero bajo la luz que se filtra a través del sencillo porche de la planta superior, da la impresión de que tiene unos cuarenta.

—Pareces cansada —dice, y me hace un gesto para que entre.

Las habitaciones están llenas de todo tipo de plantas vigorosas. Las orquídeas son su especialidad. Es la única

persona que conozco que logra que las orquídeas florezcan una y otra vez. Dale medio segundo y te enumerará los diferentes géneros que existen: *Cattleya*, *Phalaenopsis* — sus favoritas— y la hermosa y delicada *Laelia*, todas con sus nombres en latín.

—Una noche larga. —Huelo café al entrar y voy directa a la cafetera. Vierto un poco en la taza que ya ha dejado preparada mi madre, la que tiene reservada para mí: una de color verde intenso, con una imagen de Hawái en la parte delantera. Hay huevos y pimientos picados en la encimera.

—Siéntate —dice con brusquedad mientras se pone un delantal—. ¿Te apetece una tortilla?

—Por supuesto. Gracias.

—Abre mi portátil —continúa, mientras deja caer una porción de mantequilla en una pesada sartén de hierro fundido—. He guardado el vídeo.

Hago lo que me pide y ahí está la noticia que vi anoche. La caótica escena, los gritos y el ruido. El presentador con la *bomber*. El rostro tras su hombro que mira directamente a cámara durante tres segundos. Uno, dos, tres. Observo, retrocedo y vuelvo a verlo mientras cuento. Tres segundos. Si detengo la imagen mientras aparece, no hay duda.

—Nadie podría parecerse tanto a ella —dice mi madre, que echa un vistazo por encima de mi hombro—. Ni tener la misma cicatriz.

Cierro los ojos, como si con ello pudiera deshacerme de este problema. Cuando los vuelvo a abrir ahí está, congelada, esa cicatriz irregular que empieza en el nacimiento del pelo, le atraviesa la ceja y llega hasta la sien. Fue un milagro que no perdiera el ojo.

—No —contesto—, llevas razón.

—Tienes que encontrarla, Kit.

—Eso es ridículo —replico, a pesar de que he pensado lo mismo—. ¿Cómo se supone que podría hacerlo? En

Auckland viven millones y millones de personas.

—La encontrarías. La conoces.

—Tú también la conoces.

Niega con la cabeza y se endereza.

—Sabes que no viajo.

Frunzo el ceño.

—Hace quince años que no bebes, mamá. No te pasaría nada.

—No, no puedo. Tienes que hacerlo tú.

—No puedo huir a Nueva Zelanda. Tengo un trabajo, no puedo dejarlos en la estacada así porque sí. —Me aparto un mechón de la cara—. ¿Y qué pasa con Hobo?

Siento una punzada en el corazón. Puedo arreglármelas con el trabajo, porque llevo tres años sin coger vacaciones, pero el gato se deprimiría sin mí.

—Yo me quedo en tu casa.

La miro.

—¿Te quedas allí, o vas por la mañana y por la noche a darle de comer?

—Me quedo allí. —Deja la tortilla de pimientos humeante en la mesa, frente a mí—. Venga, a comer.

Me levanto.

—Lo más seguro es que se quede escondido todo el tiempo.

—No pasa nada. Sabrá que no está solo. Y puede que al cabo de uno o dos días venga a dormir conmigo.

El olor a cebolla y pimientos me atrapa, y me sumerjo en los huevos como una chiquilla de dieciséis años, mientras distintas imágenes aparecen en mi mente. Josie inclinada sobre mí para ver si ya estaba despierta, haciéndome cosquillas en el cuello con el pelo, cuando ambas éramos pequeñas; su risa rebotante; una imagen de ella lanzándole un palo a Cinder para que fuera a por él. Me duele el corazón, y no de forma metafórica, sino literal. Siento el

peso de los recuerdos, el anhelo y la ira presionándolo hasta que tengo que parar, dejar el tenedor y respirar hondo.

Mi madre está sentada en silencio. Recuerdo su voz cuando me dijo que Josie había muerto. Noto que la mano le tiembla ligeramente. Como si quisiera disimularlo, como si quisiera fingir que esta es una mañana normal con cosas normales, levanta su propia taza para beber y me pregunta:

—¿Has ido a surfear?

Asiento con la cabeza. Las dos sabemos que esa es mi forma de procesar las cosas. De encontrar paz. De seguir viviendo.

—Sí, ha sido increíble.

Se sienta en la otra silla que tiene la mesa y clava la vista en el mar. La luz le ilumina la boca de gesto serio y, de repente, recuerdo cómo se reía con mi padre, con esos labios rojos y carnosos, mientras bailaban dando vueltas por el patio del Eden. La Suzanne sobria es, de lejos, mejor persona que la Suzanne ebria, pero a veces extraño la exuberancia de la que hacía gala en aquellos días.

—Iré —afirmo con la esperanza de volver a ver un atisbo de esa mujer más joven.

Y, por un momento, una llama se asoma a sus ojos. Alarga la mano hacia mí y, por una vez, permito que coja la mía y la apriete en un ataque de generosidad.

—¿Me prometes que te quedarás en mi casa? —pregunto.

Con la mano libre, se dibuja una X sobre el corazón y levanta esa misma mano en señal de juramento.

—Te lo prometo.

—Vale. Me iré en cuanto lo organice todo. —Una mezcla de anticipación y miedo se enreda en mi pecho y se anuda en mis entrañas—. Dios..., ¿qué pasa si está viva de verdad?

—Supongo que tendré que matarla —contesta Suzanne.

Capítulo 2

Mari

Palpo la venda que me cubre los ojos y pregunto:

—¿A dónde me llevas?

Mi marido, Simon, me aparta la mano con un gesto.

—Estate quieta.

—Llevamos una eternidad en el coche.

—Es una aventura.

—¿Vamos a tener sexo guarro cuando lleguemos?

—No lo había pensado, pero ahora que lo mencionas...

—Desliza los dedos por mi brazo para acariciarme el pecho, pero le doy un manotazo—. Me gusta la idea de verte desnuda con los ojos vendados, al aire libre.

—¿Al aire libre? ¿En Auckland? Eh, no.

Intento averiguar cuál es nuestro destino. Salimos de la carretera hace unos minutos, pero todavía no oigo nada capaz de darme alguna pista sobre el barrio en el que estamos.

La distancia recorrida podría ayudarme a ubicarme si no fuera porque vivimos al otro lado de Devonport, desde donde hay un largo camino hasta la mayoría de puntos de interés de la ciudad. Levanto la cabeza para olfatear el aire y percibo aroma a pan.

—Ohhh... ¡Huele a pan!

Simon se ríe.

—Eso debería estrechar el cerco.

Continuamos el viaje en silencio durante un rato. Doy un sorbo al termo de café, preocupada por mi hija Sarah. No dejo de pensar en la crisis nerviosa que ha sufrido durante el desayuno cuando, con la melena oscura y salvaje cayéndole como una capa sobre los brazos, ha dicho que no quería ir al colegio. No ha explicado el motivo, solo ha dicho que lo odiaba, que era horrible y que quería estudiar desde casa como Nadine, su —extraña y remilgada— amiga del barrio. Un numerito inesperado de una niña de siete años que antes era la popular de su clase.

—¿Qué crees que le ocurre a Sarah?

—Es probable que sean cosas de niños, pero deberíamos pasarnos por la escuela y hablar con los responsables.

—Sí, estoy de acuerdo.

Ni siquiera cuando su hermano mayor se ha ofrecido a estar pendiente de ella ha querido ir. Con nueve años, Leo es la viva imagen de su padre. Tiene la misma mata de pelo espeso, oscuro y brillante, los ojos de un profundo azul marino y la postura desgarbada. También tiene todas las papeletas para seguirlo en su faceta atlética, ya que nada como un pez desde los seis meses. Y, también como su padre, está siempre de buen humor y le sobra la confianza en sí mismo, a diferencia de Sarah y de mí.

Soy incapaz de concebir una vida tan apacible, sin sombras, pero eso es lo que me gusta de ellos.

—Siento decirlo, pero se parece a su madre. ¿Te lanzaron un maleficio cuando eras pequeña y por eso tienes ese mal carácter?

Me río.

—La gracia del siglo. —Le doy una palmadita en la mano que tiene apoyada en el asiento. Hasta con los ojos tapados

sé perfectamente dónde está—. Aunque algunos dirían que todavía estoy maldita.

—Yo no. Eres perfecta. —Me aprieta la mano y gira el coche con brusquedad, chocando contra lo que creo que es un disco. El vehículo recorre una buena distancia inclinado hacia arriba y luego se detiene—. Ya puedes quitarte la venda.

—Menos mal.

Me la arranco. Luego me sacudo el pelo y lo aliso con una mano.

Pero la vista revela muy poco. Estamos en un túnel de arbustos silvestres, formado por helechos arbóreos y enredaderas. A un guayabo sobrecargado se le han caído decenas de frutas de color verde oscuro al suelo.

—¿Dónde narices estamos?

Simon levanta una ceja poblada, y una sonrisilla le baila en los labios carnosos.

—¿Estás preparada?

El corazón me da un vuelco.

—Sí.

Durante uno o dos minutos más, continúa hacia adelante y cuesta arriba, y más arriba todavía, por una carretera descuidada y llena de baches hasta que, de repente, emergemos de entre la espesa vegetación y nos encontramos en una rotonda frente a una elegante casa de los años treinta, erigida contra un cielo del salvaje color azul del mar.

Me quedo sin aire, y antes de que Simon detenga el coche, ya estoy saliendo de él con la boca abierta.

«Casa Zafiro».

Es una mansión *art déco* de dos plantas, con vistas al puerto y a las islas que asoman a lo lejos. Recorro el lugar mientras la ciudad se extiende debajo de mí y brilla con la luz del sol de la mañana. Tres de los siete volcanes de la

ciudad se ven desde aquí. Cuando me doy la vuelta para volver a mirar la casa, siento un nudo en el pecho. Me enamoré de ella la primera vez que la vi, en parte por la trágica historia con la que se la vincula, pero, sobre todo, porque está situada en esta colina, tan elegante y apartada. Inalcanzable, como Veronica Parker, la actriz asesinada que mandó construir la casa en los años treinta.

—¿La vemos por dentro?

Simon me ofrece una llave.

La cojo y le rodeo el cuello con los brazos.

—¡Eres el hombre más maravilloso del mundo!

Coloca las manos en mi trasero.

—Lo sé. —Entrelaza sus dedos con los míos—. Vamos a echar un vistazo.

—¿Murió?

—El mes pasado. Deberías hacer los honores. —Se detiene frente a la puerta—. Después de todo, es tuya.

Se me hiela la sangre.

—¿A qué te refieres?

Inclina la cabeza hacia atrás y mira la silueta del tejado con aire pensativo.

—La he comprado. —Baja el mentón—. Para ti.

Tiene los ojos del color del océano Pacífico en un día de tormenta; un gris profundo. En este momento, brillan felices por la sorpresa que acaba de darme y el amor sin reservas que siente hacia mí. Me viene a la cabeza una frase de Shakespeare que aprendí en una de las pocas asignaturas a las que asistí con asiduidad en el instituto: «Duda de que las estrellas sean de fuego, duda de que el sol se mueva, duda de que la verdad sea mentira, mas nunca dudes de mi amor».

Me dejo caer contra él, apoyo la cabeza en su pecho y le rodeo la cintura con los brazos.

—Dios, Simon...

--Eh, venga... --Me acaricia el pelo--. Todo irá bien.

Huele a suavizante, a nuestra cama y a un leve toque de las hojas de otoño. Tiene un cuerpo fuerte y ancho, un bastión en el que refugiarse de los males del mundo.

--Gracias.

--Viene con una pequeña trampa.

Me echo hacia atrás para mirarlo.

--¿Sí?

--Helen, la hermana de Veronica, tiene dos perros. La condición que puso para venderla fue que los perros estuvieran incluidos en el trato y que una asociación se encargara de comprobar su estado cada cierto tiempo.

Me río.

--Muerdo de amor... ¿Qué tipo de perros?

--No estoy seguro. Uno grande y uno pequeño; eso fue lo que me dijo el de la inmobiliaria.

Los perros no son un problema. A los dos nos encantan y nuestro golden estará muy contento de tener compañía.

Simon me da un codazo.

--Venga, entremos.

Se me acelera el pulso. Meto la llave y empujo la puerta.

Se abre a un vestíbulo de dos pisos de altura y a la amplia galería que lo rodea. El tragaluz vierte al interior los rayos de sol del día despejado.

Las habitaciones, cuyas puertas están abiertas, se abren en círculo. Desde donde estoy se ven las ventanas. Contra la pared de lo que parece ser el gran salón, una fila de puertas francesas revela unas asombrosas vistas al mar azul verdoso, brillante y ondulante. A lo lejos navega un velero.

Pero el interior es todavía más impresionante. Las pinturas, la decoración, las alfombras y los muebles son todos de época, la mayoría *art déco*, con líneas limpias y claras, mezcladas con algunas obras de arte y piezas de

artesanía. En un armario lacado en negro y rojo hay un jarrón labrado que contiene tallos secos y, junto a él, hay una silla redonda en la que no parece que nadie se haya sentado nunca. La alfombra es roja y dorada, decorada con un delicado patrón de enredaderas.

—¿Toda la casa está así? Tan... ¿intacta? —pregunto en voz muy baja.

—No lo sé. Nunca había entrado.

—¿La has comprado sin verla?

Me tira de la mano.

—Vamos a verla.

Es un paseo mágico, prácticamente un museo de cómo era el mundo en 1932: los muebles, la ropa de cama, las paredes y las obras de arte. Los tres baños están recubiertos de azulejos y, uno en particular, el baño principal, es tan bonito que no puedo evitar ponerme a bailar de la emoción en medio del espacio. Recorro con los dedos los sencillos azulejos azules y verdes que cubren las paredes, el techo y el rincón para la bañera.

El diseño de la casa sería un espectáculo aunque fuera *art déco* clásico, pero esta mansión se construyó con una estética oceánica soberbia. Las escaleras son de madera *kauri* pulida, y la barandilla, de madera negra australiana. Tanto los muebles como la ebanistería y los baldosines comparten una temática de kiwis y helechos estilizados y, a medida que avanzamos por los pasillos y las habitaciones, voy delineando las precisas tallas e incrustaciones con los dedos mientras me pregunto quién sería el carpintero. Las puertas francesas de cortes elegantes conducen de una sala a otra hasta un amplio patio con vistas al mar.

Solo tres de las veintidós habitaciones se han reformado; un dormitorio y un salón de la parte trasera de la casa, que son una oda a los desangelados años setenta, y algunas partes de la cocina, como la hornilla y el frigorífico, ambos con aspecto de tener, mínimo, una década. Los